

VARIACIONES PARA UNA BALLENA

Alberto Vázquez

V.P.U.B. POEMA Nº 1

Todos, los niños, los hombres, los ancianos y las mujeres, sentados silenciosos unos frente a otros, en el estómago de la ballena.

Surcaba el mar a una velocidad increíble, escasos metros por debajo de la superficie.

De rato en rato, subía fuera y tomaba dos bocanadas de aire: una para ella, la nave, que caía en los pulmones, otra para nosotros, los navegantes, que caía en el estómago. Huíamos de aquella tierra vaga y vacía. La ballena, en último término, habíase ofrecido a llevarnos.

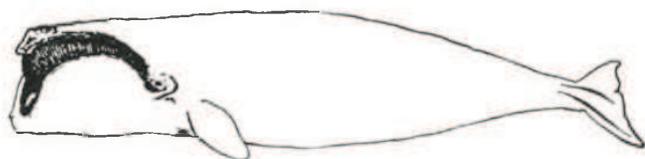
Abrió la boca, nos comió con cuidado y fuimos a sentarnos ordenadamente en un rincón de su tripa.

La ballena no era muy habladora. Tan sólo le oíamos intercambiar cortas frases con peces que se nos cruzaban: algún saludo, alguna indicación, es ésta la dirección correcta... Nosotros tampoco hablábamos demasiado. Estábamos deseando llegar a nuestro destino, conocer nuestro nuevo país.

De repente, un estruendo y todo se movió. Un viejo cayó al suelo de carne blanda. Parecía que las costillas se nos venían encima.

Y luego, todo quieto.

Podíamos adivinar, desde dentro, el gesto circunspecto en el rostro de la ballena: había varado en una playa no deseada.



V.P.U.B. POEMA Nº 2

La ballena nos comió despacio, como temiendo hacernos daño. Entramos uno tras otro dentro de la boca de la ballena que, pacientemente, la mantuvo abierta mientras su tripa rozaba la arena de la playa.

Su interior era cálido y húmedo, algo resbaladizo.

En silencio, fuimos a sentarnos ordenadamente en un rincón de su tripa.

Los cinco hombres más fuertes quedaron para el final y ayudaron a la ballena a desembarrancar empujándola hacia el mar y, de un salto, se subieron en el último momento mientras se cerraba la boca.

La ballena comenzó a nadar muy deprisa.

Nadie hablaba. Tan sólo algún niño pequeño lloriqueaba mientras su madre trataba nerviosamente de calmarlo.

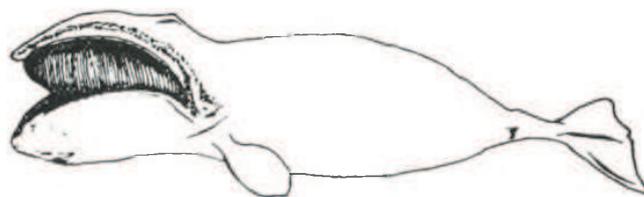
Podíamos oír con claridad el corazón de la ballena latiendo. Debía ser descomunal porque con su latido todo se estremecía un poco.

Al rato de escuchar en silencio, pudimos distinguir otro ruido similar pero mucho más débil. Alguien fue a investigar y, a su regreso, trajo la noticia: un poco más allá había un ballenato a punto de nacer.

Pronto seríamos dos naves surcando el océano.

Entonces sentimos que todo funcionaba bien y nos miramos los unos a los otros y sonreímos en silencio.

Habría una tierra para nosotros.



V.P.U.B. POEMA Nº 3

Nos dolía abandonar nuestro viejo mundo pero era necesario: todo estaba perdido.

Nosotros quedamos para el final. No éramos importantes.

Durante casi todo el trayecto, apenas hablamos. Sólo escuchábamos.

Existe toda una sinfonía de rumores dentro de una ballena. Su corazón latiendo apresuradamente por la fatiga, la sangre corriendo por las venas a una velocidad más increíble que la de la propia ballena, las vísceras emitiendo fluidos desconocidos y maravillosos, algunos pececillos chapoteando en los charcos del estómago.

Aquella música nos enterneció.

Comenzamos a balbucear tonadas por lo bajo.

Alguien dijo que hubiese estado bien traer un piano. Después, propuso cantar al unísono.

No sabíamos muchas canciones, así que repetimos la misma hasta la saciedad.

La ballena no era muy habladora. Tan sólo le oíamos intercambiar cortas frases con peces que se nos cruzaban.

Oímos un extraño canto, voces entrecortadas y deliciosamente armoniosas: era la canción de otra ballena.

Nosotros, los navegantes, continuamos nuestro propio canto.

Y, así, la ballena que habitábamos, cantó también.

Ese susurro melancólico que atraviesa con facilidad miles de kilómetros no es más que la canción que entonan los navegantes de la tripa.

Pudimos distinguir varios cantos diferentes. Había más ballenas con gente cantando en su estómago.

Horas después, callamos todos y cada nave retomó su rumbo.

V.P.U.B. POEMA Nº 4

Nunca confiamos demasiado en los animales de sangre caliente pero llegado el momento de la diáspora fue el único que se ofreció a llevarnos.

Entramos uno tras otro dentro de la boca de la ballena que, pacientemente, la mantuvo abierta mientras su tripa rozaba la arena de la playa.

El sol le calentaba el lomo y esto no es bueno para las ballenas: las pone de mal humor.

Así que hubimos de apremiar a los niños que se entretenían tocando las barbas y a los viejos que miraban un poco escépticos hacia todos los lados sin despegar los labios, algo así como cuando se visita una catedral nueva y ni siquiera es de tu religión.

Los cinco hombres más fuertes quedaron para el final y ayudaron a la ballena a desembarrancar empujándola hacia el mar y, de un salto, se subieron en el último momento mientras se cerraba la boca.

La ballena comenzó a nadar muy deprisa. Surcaba el mar a una velocidad increíble, escasos metros por debajo de la superficie. Estábamos deseando llegar a nuestro destino, conocer nuestro nuevo país.

De repente, un estruendo y todo se movió.

Vimos como la punta de una lanza desgarraba el techo del estómago.

La ballena sangró por dentro y por fuera, aunque es difícil señalar con exactitud el momento en el que murió.

Hubo un gran silencio y oímos cuchillos que se acercaban despedazándolo todo.

V.P.U.B. POEMA Nº 5

La ballena nos comió despacio, como temiendo hacernos daño. La lengua estaba resbaladiza y varios niños se deslizaron por ella. Esta ballena vieja y descomunal fue la única que se ofreció a llevarnos, llegado el momento de la diáspora.

El estómago era húmedo y en algunos lugares había dos palmos de agua salada. Había pececillos ajenos a todo que nadaban por allí e ignoraban hallarse en la tripa de una ballena.

Aquello era tan grande para ellos como el propio mar.

Si poníamos la mano sobre una de las paredes, notábamos como los ácidos gástricos nos quemaban. Cuatro o cinco minutos hubiesen bastado para perder la mano.

De rato en rato, la ballena, subía fuera y tomaba dos bocanadas de aire:

una para ella, la nave, que caía en los pulmones,

otra para nosotros, los navegantes, que caía en el estómago.

Entonces sentimos que todo funcionaba bien y nos miramos los unos a los otros y sonreímos en silencio. Habría una tierra para nosotros.

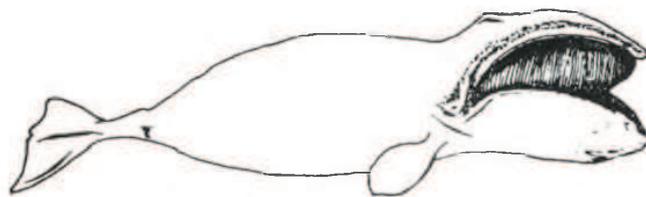
De repente, algo hizo que la ballena detuviese bruscamente su viaje.

Golpes cortos y profundos la golpeaban por todos sus flancos.

La ballena sangró por dentro y por fuera, aunque es difícil señalar con exactitud el momento en el que murió.

Vimos las fauces de los tiburones entrando en el estómago por cualquier agujero.

Matamos a varios de ellos, pero fue inútil.



V.P.U.B. POEMA Nº 6

Nunca confiamos demasiado en los animales de sangre caliente pero llegado el momento de la diáspora fue el único que se ofreció a llevarnos.

El nuestro fue uno de los grupos que quedó para el final. No éramos apenas importantes. Cuando nos llegó el turno, los mejores y más sabios vehículos de transporte habían partido. Así que vistiendo nuestros mejores ropajes, con esmero peinados los cabellos de los niños, perfumadas las mujeres y acicalados los hombres,

nos comió con cuidado y fuimos a sentarnos ordenadamente en un rincón de su tripa.

La ballena no era muy habladora.

Tan sólo le oíamos intercambiar cortas frases con peces que se nos cruzaban: algún saludo, alguna indicación, es ésta la dirección correcta...

Nosotros tampoco hablábamos demasiado. Estábamos deseando llegar a nuestro destino, conocer nuestro nuevo país.

De improviso, notamos como la ballena cambiaba de rumbo.

Y la trayectoria, lineal y decidida hasta ahora, se volvió sinuosa y vacilante.

La ballena había encontrado un macho de su especie y, a juzgar por la intensidad del movimiento, era el macho de su vida.

Debieron de ser muy felices.

En cuanto a nosotros, la ballena se olvidó de que habitábamos el fondo de su estómago, hizo la digestión y nos cagó en un mar del sur.

